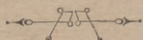




# INFLUENCIA DEL REALISMO

en el Teatro Moderno.



La sociedad de nuestros días, hipócrita cual ninguna, pero deseosa siempre de encubrir sus defectos y sus vicios bajo la repugnante máscara de la mentira y la ficción, no es partidaria de la crítica, ni mucho menos desea verse fotografiada en todos los más insignificantes detalles de la vida íntima, pues anhelando parecer mejor de lo que es, nunca consentir puede que el arte ridiculice con su severo anatema, lo que ella misma conoce que la deshonra, la perjudica y la degrada.

Bien sabido es que el Teatro, esa por algunos llamada escuela de costumbres, que tal influjo ejerce en la educación del hombre, que enseña y de tal manera moraliza, aun no ha podido obtener en nuestro país la completa y necesaria transformación que le es indispensable, para cumplir provechosamente y llenar las exigencias cada vez más apremiantes que reclama el arte moderno.

El romanticismo, aplicado a la escena, ha sido objeto en diferentes épocas de discusiones, más ó menos razonadas, más ó menos lógicas y convincentes. Unos lo combaten creyendo ver en él, sin causa aceptable que justifique su opinión, la decadencia de la literatura; otros, por el contrario, sostienen, con toda clase de ar-



gimientos, que merced á su desarrollo, es como aun puede seguir la civilizaci3n actual dándose cuenta de esas sagradas y puras afecciones, que por motivo del cálculo positivista de la época, se hallan expuestas á desaparecer del corazon del hombre.

Nosotros, ni lo condenamos por completo, ni pretendemos constituirnos en defensores suyos, pues se nos alcanza facilmente que el gusto por este género literario, no es el que hoy más predomina, y por lo tanto, concretándonos á desarrollar la idea espuesta en el epigrafe de nuestro artículo, tratemos de averiguar si el realismo, tal y como se comprende por algunas superiores inteligencias, puede ó no influir, en el sucesivo desarrollo y desenvolvimiento de la moderna literatura dramática.

Sin ningun género de duda puede asegurarse, que el realismo ha conseguido de algun tiempo á esta parte muchos y muy entusiastas defensores; pues todos aquellos que conocen que en el sentimiento puramente estético es imposible hallar del todo realizadas las aspiraciones á que el arte se dirige y con sobrada y legítima razon desea conseguir, no pueden ménos de desear otra forma, bajo la cual sea mucho más facil dar á conocer detalladamente los múltiples y diversos sentimientos que agitan al corazon humano.

La afeccion amorosa, más ó ménos ardiente, más ó menos apasionada é ideal, ha servido hasta ahora para desenvolver los diferentes asuntos que constituyen la trama y enredo de la mayor parte de las obras del Teatro antiguo y moderno.

Siempre se ha creído que éste y no otro alguno constituía el verdadero y legítimo complemento de la situacion dramática y por tan err3nea idea se ha abusado tanto y tanto de la pasion que muy apesar de lo que muchos creen, no es la primera en el hombre, pues se le anteponen otras que, por distintos conceptos, son de más interés que la espresada anteriormente,

Es bien seguro que si hoy día vivieran y llegasen á escribir, *Calderon, Lope, Tirso, Moreto* y otros insignes genios del siglo de oro de nuestra literatura, no tendrian mucho empeño en pintarnos el amor con todos los significativos caractères por que le conocemos en sus obras: muy al contrario, haciendo un estudio detallado de la época presente y de las opuestísimas costumbres de la generacion actual esforzarianse en retratar con todos sus detalles ese anhelo infinito que vive en lo más recondito del alma, combatiendola sin cesar por la continúa y gigantesca lucha que sostiene.

Dumas y Ruguiere en Francia, Luwistein en Inglaterra, Rogieri en Italia y Sahlzmer en Alemania, comprendiendo perfectamente las exigencias de la critica actual y la norma á que debe sugetarse el Teatro de nuestro siglo, presentaron ante el ilustradísimo público de sus respectivos países esas admirables producciones, verdaderos modelos del género realista, cuyo estudio se hace tanto más difícil, cuanto menos comprendida es la razon á que debieron el extraño y singular origen que se las reconoce.



Pero, no obstanté: ¿todos los que siguen la senda iniciada por tan elevadissimas inteligencias han sabido comprender los límites à que este género puede llegar, à fin de que no se vulneren y lastimen los inmutables principios de la belleza artistica?

Ciertamente que no, y en esto estriba el que en nuestro pais nunca se aclimate ese género de produccion literaria, para cuyo acertado desenvolvimiento se necesita profundo y detenido estudio de todo lo que constituye los opuestos caractéres de la humana personalidad.

Esplanemos de la manera debida tan importante asunto.

Lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto es ciertamente imposible que se comprendan unidos entre sí.

Repugna à la razon el darse cuenta de tan estraña anomalia, y si por un momento fuera facil conciliar en una sola, ideas tan opuestas, es bien seguro que muy pronto tendríamos que convencernos de nuestro error, por los vanos é inútiles esfuerzos empleados para conseguirlo.

¿Puede el corazon alguna vez alimentar dos distintas afecciones por una misma persona? ¿Puede el sentimiento crecer y amortiguarse en un momento dado, à no mediar entre su origen y extincion el propio trabajo de la inteligencia? No; pues bien, si esto no sucede, si el pensar tan solo que llegára à ocurrir nos parece inconcebible y absurdo, ¿con cuánto más motivo creeremos que puede existir bajo una sola forma la maldad y la virtud, siendo asi que tan opuestos y contrarios principios uno à otro se combaten y constantemente se repelen?

Es imposible darse cuenta de ciertas contradicciones y mucho más si el que en ellas incurre, es un hombre dotado de inagotable ingenio, de clara penetracion, profundo saber, recta moralidad y talento elevadissimo.

Siempre hemos creido que los poetas dramáticos del novisimo género realista en nuestra patria, se proponian resolver, bajo distintos aspectos, pero encaminados todos ellos al mismo fin, un árduo problema social, para cuyo enojoso y dificil planteamiento necesitábase sin duda alguna privilegiada inteligencia y delicadissima observacion y análisis; pero nunca y por ningun concepto que llevaran la inverosimilitud y la falsedad de sus obras hasta el punto de querer demostrar lo que no tiene razon de ser y de existir.

Jamás en buena lógica puede admitirse que las claras nociones de dignidad moral, de honradez, de virtud y de justicia, queden pospuestas y olvidadas ante la fatal é irremediable fuerza de los hechos; pues si tal cosa sucediese, imposible sería darnos satisfactoria esplanacion de la eterna é inmutable ley que preside à todo lo creado y que sujeta al individuo bajo su fallo, en todas y en cada una de las circunstancias de la vida.

La mision que el hombre de elevado ingenio se halla obligado à



cumplir dentro de los mezquinos límites de la acción dramática, no puede ni debe nunca llevarle á apadrinar ideas que la inteligencia rechaza, que la razón desconoce, y que el sentimiento moral reprueba, condena y anatematiza.

Es máxima generalmente seguida por todos ó casi todos los hombres que conocen el misterioso origen psicológico de nuestras tendencias morales, aquella que desde las más remotas épocas, viene sin cesar siendo la pauta por la que procuran guiarse, al verificar el minucioso análisis del alma, los adeptos de las diversas escuelas filosóficas.

Máxima sublime, cuya adopción más ó ménos eficaz para los múltiples y complejos fines de la vida, es consecuencia forzosa de los mejores ó peores hábitos del hombre.

Desde luego comprenderán nuestros lectores que nos referimos á la que ordena el justo y exactísimo conocimiento del bien y el mal moral, á fin de recompensar, conforme cada uno se merece, los espontáneos impulsos del corazón, que tantas veces dan origen á la práctica de la virtud y el vicio, en su significación más genuina.

Tanto en las edades antiguas como en las modernas, tanto en los pueblos á quienes alumbraba la esplendente antorcha de la civilización, como en aquellos otros que yacen sumidos en las confusas tinieblas del oscurantismo y la barbarie; así los países que profesan una idea religiosa, conforme en un todo con las manifestaciones de su espíritu, como los que se prosternan ante ridículas divinidades que agotan todo sentimiento puro y toda tendencia hacia lo bueno, no han podido por ménos de reconocer cuan útil y conveniente es para los legisladores el estudio previo de las distintas actitudes en que acostumbra el hombre á presentarse, según que es impulsado al deseo de satisfacer sus necesidades orgánicas ó psicológicas, por una causa legítima ó por un instinto de perversa criminalidad.

Y si así no fuera, si aun á pesar de todo cuanto la experiencia acredita y la razón ordena, el legislador no distinguiese los buenos de los malos actos del hombre, para otorgarle, rigiéndose por su natural criterio, los premios y castigos á que se hace acreedor, ni la sociedad existiría, ni las sublimes nociones del deber, de amistad, de cariño ni agradecimiento, serían más que palabras vanas y huecas, desprovistas en absoluto de sentido y de todo fundamento lógico.

Pues, si esto es así y de no comprenderlo como es debido se originan á cada instante gravísimos errores, que conducen á la negación constante de la perfertibilidad suma de los seres todos: ¿porqué los mal llamados innovadores de la literatura dramática realista, se empeñan en trastornar, en confundir, en entorpecer el curso natural de los hechos que se realizan, cuando estos nos llevan como de la mano y poco á poco á nuestra emancipación y al gobierno necesariamente natural y libre del hombre por el hombre?



¿Porqué, encastillados siempre, por decirlo así, en sus particulares opiniones y en sus ideas extravagantes, se empeñan en seguir el tortuoso derrotero por donde les conduce su invariable preocupación artística?

¿Porqué, en una palabra, apellidándose regeneradores del Teatro, combaten, la existencia de este, dentro de sus propios y naturales límites y arrastran á la muchedumbre, tras ese algo frío y abrumador del desengaño, á la completa estincion de los inmutables principios que nacen, viven, se desarrollan y alientan en el alma?

Nunca y bajo ningun concepto nos ha sido fácil comprender como existen personas que llamándose ilustradas y teniendo como objetivo de sus particulares fines, que nadie puede esplicarse, la absurda teoría del fatalismo, opuesta á la sapientísima máxima expuesta anteriormente, no reconozcan que el sistema que defienden solo sirve para estraviar la opinion, de suyo tan propensa en todas circunstancias á cambiar de rumbo en sus opiniones por el motivo más fútil.

Concedemos sí, que á los partidarios de la escuela realista reformada, repugne la admision de ciertos y determinados principios, en un todo contrarios al actual desenvolvimiento de la sociedad; comprendemos tambien que deseen emancipar la literatura de esa vergonzosa tutela en que hasta la época presente la ha tenido sumida la rutina y la ignorancia; pero nunca y bajo ningun concepto que estraguen el gusto del público, que ante todo y sobre todo ama los inmutables principios en que se funda y se fundará siempre la belleza artística, la lógica, el sentido comun y la moral.

Existe además otra causa muy poderosa para que nosotros combatamos con todas nuestras fuerzas el novísimo é incomprensible realismo contemporáneo.

El palco escénico no ha sido, es ni será nunca el sitio más á propósito para que los filósofos que sustentan determinadas teorías, traten de plantear ni mucho menos de dar solucion, si es que la tienen, á esos importantísimos problemas sociales modernos, que hoy son causa de las eternas vigiliass y constante estudio de los más sabios é ilustres pensadores.

Para el planteamiento de las reñidísimas cuestiones filosóficas que el siglo XIX trata de resolver, ningun palenque mejor que el Ateneo, la Cátedra y la tribuna forense, siendo así que en estos centros de pública discusion, es donde con más calma, más aplomo y sin dejarse llevar por el espíritu de partido, puede el hombre exponer todo cuanto juzga útil y necesario á la regeneracion de las costumbres y al progreso moral é intelectual de la sociedad en que vive.

Necesario se hace tambien que consideremos detenidamente las graves y funestísimas consecuencias que producen, en el mayor número de los casos, entre las clases ménos ilustradas de la so-



ciudad, ese género á que dedican sus afanes, su talento y el resultado práctico de sus estudios, ciertas inteligencias, á las cuales no se les oculta el mal que ocasionan, desde que dieron principio las hiperbólicas exageraciones y los absurdos inverosímiles de su nunca bien combatida escuela reformada.

El pueblo español, impresionable en grado superlativo y predisposto como ningun otro á dejarse conmover por las artísticas ficciones de todo lo ideal, jamás y bajo ningun punto de vista lógico y comprensible, puede admitir que en la descarnada pintura de los vicios, defectos, extravagancias, pasiones y bastardos sentimientos, que combaten al hombre, se halle el origen de cuanto intenta apreciar, sentir y conocer, para la consiguiente educación moral que le es indispensable y el verdadero refinamiento del gusto, en sus extraordinarias y múltiples manifestaciones de diversa índole.

Cuando por primera vez los iniciadores entusiastas del género romántico en nuestra pátria, hicieron saborear á ese mismo pueblo las delicadas bellezas del arte, no hubo ni uno solo de nuestros grandes poetas que no vaticinara épocas de más brillante esplendor para el porvenir de las siempre renombradissimas letras españolas, sin ocurrírseles siquiera que andando los tiempos y merced á esas continuas trasformaciones y mudanzas que tan características son del siglo XIX, habian de presenciar la original reforma, que á tantos y tan malaventurados abortos de la imaginacion ha dado lugar en el trascurso de estos últimos doce años.

El entusiasmo popular por todas aquellas sublimes producciones de los laureados apóstoles del idealismo, fué en aumento gradual y progresivo mientras que la escuela romántica se detuvo dentro de los justos y naturales límites de su desenvolvimiento; pero así que engañada por falsas apreciaciones de exterioridad y lamentables abusos de forma, comenzó á decaer, el público volvió sus ojos á otro género mucho más en consonancia con su carácter y sus gustos, y el drama social aparece, como heraldo del que más adelante habia de darnos á conocer la fecunda imaginacion del aplaudido autor de *La Levita, el Jugador de manos y El Estómago*.

Bien conocieron Tamayo, Ventura de la Vega y Ayala, que el género artístico á que dedicaban sus especiales talentos, sus constantes vigiliass y sus improbos afanes, habia de ser originario de otro, aun más innovador, dentro de la anchurosa y dilatadissima esfera en que ellos giraban; y tanto es esto así, que en ninguna circunstancia dejaron de preparar el camino á los dramaturgos esencialmente filósofos, ó sea á los que considerando que la sociedad necesita de cierta clase de enseñanza para conocer mejor sus propios crímenes, y sus miserias, llevan hoy al palenque del arte dramático, esos complicados problemas para los cuales, ya lo hemos dicho anteriormente, necesitan la razonada y fria discusion de la Academia, del foro y de la tribuna científica.



Y como à fuerza de presenciar siempre una misma cosa, la ardiente y exaltada imaginación de nuestro pueblo dá en entusiasmarse de lo que en sí nada tiene de grande, de sublime, de bello, ni de arrebatador, nos esplicamos que el género realista, con todas sus inverosimilitudes, con todos sus defectos y contradicciones, sea el favorito de esas clases, para quienes la brillante forma y especial colorido de las modernas obras de dicha escuela, constituye todo cuanto es de desear en la época que atravesamos.

Muy poco, ó mejor dicho, nada importaría que el pueblo fuera aficionado al realismo si éste tratara de pintar con la debida y característica entonación que le es propia, el vicio, en toda su desnudez, presentando así mismo la virtud con los especiales y honorisimos atributos que le corresponden; pero como esto no sucede y en la mayor parte de los dramas realistas que conocemos la virtud queda oscurecida, pisoteada, ultrajada y el vicio triunfante, tal error no puede por menos de causar en el público odio hácia la sociedad, que tales y tan monstruosas iniquidades permite, y de esto al descreimiento absoluto, al escepticismo, en fin, no hay más que un paso.

Si para que las sociedades educadas en las generosas máximas de lo bueno y de lo justo, marchen sin obstáculo alguno à la libertad, que es la constante y eterna aspiración del hombre, se hace forzoso que el individuo reniegue del fuero íntimo de su conciencia, tenemos por muy seguro que nunca y bajo ningun concepto será aquella comprendida por los que ansíen conquistarla.

Destruida en la moralidad de los actos licitos el premio que se les concede y habreis barrenado todo cuanto ayuda à elevar à un pueblo, à una nación entera, al anhelado límite de su perfeccionamiento material, político é intelectual.

Vése por lo tanto, que los errores cada dia más palpables de la escuela realista, que siguen algunos pocos reformadores, afectan à todo cuanto puede servir de base à los complejos fines que la época presente se ha propuesto realizar.

Y tal realismo exagerado existe también en el folleto, en la novela, en el periódico y en las artes todas que, siguiendo idéntico rumbo, pierden la característica independencia que hasta aquí las ha ennoblecido, haciéndolas ser fieles intérpretes del sentimiento estético de todas las razas, de todos los pueblos, de todas las edades.

Si en la novela nos fijamos, fácil es ver que al otro lado de los Pirineos, resalta con más negros colores el realismo inconcebible de Emilio Zola y de sus secuaces, à los que sin duda alguna deben halagar en grado extremo esos sangrientos dramas, à que dà lugar la pública discusión del adulterio y del divorcio.

De dos años à esta parte la Francia viene siendo teatro de las más crueles y terribles escenas, en donde la vida íntima del matrimonio se manifiesta en todos sus detalles, para que el público advine todo aquello que debía hallarse guardado en lo más profundo



de ese veneradísimo santuario que se llama hogar doméstico, impenetrable siempre à indiscretas miradas, que todo lo manchan, todo lo envilecen, todo lo desdoran.

Y no se nos objete diciendo que tales consecuencias dimanen de la perversión de costumbres de la época actual; porque entonces, y rompiendo lazos con el sentido común y con la lógica, intentarían los defensores del realismo, probarnos que éste por sí solo nada produce y nada hace para que la absoluta corrupción de aquellas se generalice.

Es falsa, completamente falsa tal suposición y nosotros la rebatiremos siempre con todas nuestras fuerzas.

Antes de dar término al presente artículo, y como de pasada, hagálemos algo de otro asunto, no ménos difícil de exponer que los anteriores, respecto al reformado género realista.

Dicho género ¿há creado escuela desde que se implantó, tanto en las demás naciones de Europa como en nuestra patria?

Con solo decir que su manera de ser obedece à una imperiosa ley del momento, habremos hecho lo suficiente para que nuestros lectores tengan por seguro que el realismo no es, ni más ni ménos que un género de transición.

Por cuyo motivo nunca puede tener discípulos sino imitadores.

Durará algun tiempo, mucho quizás, pero de todos modos está llamado à desaparecer por las nuevas ideas regeneradoras que, aparte de su singularísima opinión en otros asuntos, defiende el jóven y sábio catedrático de la Universidad Central y Académico de la Española D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Y esto es muy comprensible.

Hubo un tiempo en que nuestros poetas buscaron anhelantes en el fecundo géneo de la antigüedad la fuente de sus concepciones más atrevidas é ideales; pero hoy, hoy que al lado del clasicismo griego, existe lo que pudieramos llamar artística tenlencia hácia lo desconocido, no es posible que se admire el uno sin ren lir homenaje à la otra.

De aquí la nueva fase de nuestra literatura; de aquí el gloriosísimo porvenir que le aguarda, si haciendo caso omiso de antiguas preocupaciones y libres de toda traba que los sugete, los dramáticos españoles dirigen sus afanosas miradas à esa brillante forma artística que es la única y más legítima regeneración de nuestro Teatro.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.







# MIS PLAGIOS



(CONCLUSION.)

## VI

Pero aquí no se trata de lo que yo piense de usted—que son horrores...—sino de lo que piensen los demás de usted y de mí en este caso.

Como nadie es juez en causa propia, aunque yo estoy seguro de no haber plagiado jamás á nadie, quiero ó deseo que ni usted ni yo seamos quien falle, sino un tribunal competente.

Propongo que recurramos al juicio ilustrado é imparcial de otros escritores... que no sean unos *Juan Fernandez*, por supuesto.

Si usted quiere, sometamos las acusaciones de usted y esta defensa mía, acompañadas (esto sobre todo) de los textos correspondientes, al fallo de un tribunal de honor literario; y si usted tiene razón, si esos señores declaran que yo he plagiado á Flaubert y á... ¡por Cristo vivo! y al mismísimo Fernánflor, prometo por mi honor, y juro ante quien haga falta (para los aficionados) publicar una palinodia y retirarme á la *vida privada*, quiero decir, dejar la pluma para siempre y retractarme de todas las picardías que he dicho de usted y demás escritores de su clase.

Pero... (este *pero* se pronuncia con mucha fuerza) pero si el tribunal declara que por lo que resulta de los autos yo no soy plagiario... entonces, Sr. Bonafoux, usted seguirá escribiendo lo que quiera, y llamándose plagiario, si gusta; pero me pagará en oro ó plata la cantidad de 1.250 pesetas, con arreglo al art. 474 del Código penal.

Se me figura tener cierto derecho á que usted acepte el reto,



apuesta, ó como lo quiera llamar. Aunque todo, ó casi todo, lo voy diciendo en tono de broma, lo pienso en serio y lo quiero muy de veras. Si, señor; es mi deseo, muy legítimo, que, en las condiciones apuntadas, nos sometamos a la opinion de un tribunal de escritores.

¿Qué escritores han de ser éstos? Es claro que no ha de ser usted, ni Perillan y Buxó, ni Carton ó Corton, ni Juan Rana, ni Siles, ni otros asi. Han de ser escritores conocidos, y que hayan obtenido algun buen éxito; en fin, hombres de algun crédito literario.

¿Qué le parecen á usted los siguientes? Valera, Balart, Menendez Pelayo.

¿No le gustan? Pues escoja usted estos otros, si quiere: Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla.

¿Tampoco? Pues estos: Manuel del Palacio, Marcos Zapata, Llorente.

¿Tampoco? Pues estos: Echegaray, Tamayo, Sellés.

¿Tampoco? Pues estos: Perez Galdós, Pereda, Alarcon.

¿Tampoco? Pues estos: Sanchez Perez, Cavia, Eduardo de Palacio.

¿Tampoco? Pues hijo... me parece que no son ranas estos señores. Pero sigamos escogiendo... ó si no, otra cosa: entre todos los citados, elija usted los que prefiera, combínelos de otro modo, ampliando el número de jueces, y á esos entreguemos el pleito.

¿Ni aun asi se conforma usted? ¡Vamos! Será porque supone en los citados parcialidad en mi favor. Como son buenos escritores, unos más y otros menos, á todos esos los he elogiado yo, es verdad. Sin embargo, algunos de ellos no son mis amigos. Pero los más, si; lo confieso. Dá la pícara casualidad que he elogiado siempre á los escritores buenos, y ahí tiene usted el resultado; que ahora no puedo escogerlos como jueces, porque se les puede recusar por parciales.

—¿Quiere usted que acudamos á la Academia en masa?

—Como ella acepte el encargo, que lo dudo, por mí no hay inconveniente. Y no dirá usted que de la Academia he dicho flores. Pero no quiero engañarlo á usted. Se me figura que tambien en la Academia *habia de tener yo mayoría*. Cuente usted y verá.

De muchos académicos he hablado mal—de sus obras, quiero decir;—de otros no he hablado mal ni bien; y con todo, no tengo inconveniente en someterme al fallo de esa Academia, de cuya autoridad colectiva he dudado muchas veces. Cañete, Balaguer, Arnao, Catalina, el marques de Pidal el conde de Chestre, etc., etc., no son lo que se llama amigos míos, ni tienen por qué vivir agradecidos á mi crítica; son hombres y tendrán sus pasiones en su armario; y á pesar de eso, repito, me someto á su fallo. ¿Por qué? Es muy sencillo. Porque son personas decentes; porque sabrán sacrificar la mala voluntad que puedan tenerme, si me la tienen, á su deber de juzgar imparcialmente, de no faltar á la verdad. Si su



conciencia les dice que *Clarín* no es plagiarío, esto afirman, aunque opinen que soy un zascandil literario, como creo que Cánovas ha dicho. ¡Cánovas! ¡Qué rayo de luz! ¿Quiere usted que llevemos el pleito á Cánovas solo? Si cupiera en lo posible que Don Antonio descendiera hasta querer juzgarnos, ¡qué mejor tribunal! Yo he dicho perrerías, y he de seguir diciéndolas (1), de D. Antonio; pero son perrerías relativas, pues no le tengo por tonto, ni por loco, ni mucho ménos por hombre capaz de llamar ladron al que no lo sea.

Esta es la ventaja que tiene, Sr. Bonafoux, el saber atacar al enemigo literario sin recurrir á cosa ajena á las letras: yo no he dicho jamás, ni he pensado, que Catalina, Cañete, Balaguer, Arnao, etc., etc., no sean perfectos caballeros. Por tales los tengo, y sin inconveniente me someto á su fallo.

Si quiere usted que salgamos de la Academia, salgamos; pero sin buscar amigos míos ni escritores que me deban grandes elogios.

Ahí está, por ejemplo, Fernandez Bremon. Bremon y yo, plagiando á Madama Bovary, siempre nos estamos tirando bolitas de papel ó chinitas. Hemos sido buenos amigos, y ya no lo somos; incompatibilidad de caracteres vaya usted á saber. El caso es que si yo *in illo tempore* alabé sus cuentos y revistas (y sigo alabando sus romances y algunas de sus fábulas en prosa), y él alabó mis libros y artículos sueltos, hoy por hoy somos el perro y el gato. El, más cauto que yo, aguarda las grandes ocasiones para darme un zarpazo. ¿Que me equivoco en doctrina cristiana y confundo el número de los Frutos del Espíritu Santo con el de sus dones? Pues *salta* Bremon y me da una leccioncita. ¿Que voy al Ateneo y, *haciendo de orador*, resulta que me faltan más de cien? Pues Bremon dice en la crónica europea de *La Ilustracion* que me *he cortado*. ¿Ha visto usted las moscas y las hormigas que Bremon saca á relucir en sus fábulas? Pues soy yo, si señor; la hormiga más tonta, la mosca más insignificante... *Clarín*. Y á pesar de todo, no tengo inconveniente en que Bremon forme parte del tribunal que nos juzgue. ¿Por qué? Por la sencilla razon de que le tengo por hombre de honor; que no ha de negar el de los demás, si cree que lo tienen, para satisfacer rencores.

Como usted ha leído casi todo lo que yo he escrito (¡mientras podía usted estar estudiando tantas cosas buenas!), sabrà de fijo que no me deben grandes alabanzas escritores como los siguientes: Cano, Fernánflor, Velarde, Grilo, Ferrari, Novo y Colson, etc. Pues los admito si usted quiere que formen parte del tribunal que nos juzgue. ¿Por qué? Por la razon repetida; porque los tengo por hombres de conciencia, que si no me creen plagiarío, no dirán que se lo parezco.

(1) Porque, como dice bien *La Epoca*, falta la segunda parte de *Cánovas y su tiempo*. Falta, pero no faltará muchos días.



¿Puedo hacer más, Sr. Bonafoux? Me parece que no. No le hablo á usted de Emilia Pardo Bazan, de Armanlo Palacio, Valbuena, Picon, Ortega Munilla, Matoses, Frontaara, Ramos Carrion, Taboada, Tuero, Llana, Rueda, Delgado, Aza, Estremera, Bustillo, Sierra y otros ciento (sí, llegarían á ciento), porque se le antojarán, ó demasiado benévolo, ó demasiado amigos.

En fin; escoja usted cinco, siete, nueve ó más, si usted quiere, de los señores citados. Pueden encargarse, si son tan amables, de leer las obras que usted dice que copio y leer lo que usted llama mis plagios, y con esto y enterarse de los artículos de usted y de este mio, no necesitan más para dar su fallo.

¿Aceptará usted? ¿No se atreve á elegir entre los escritores nombrados por temor de ofender, designándolos, á los que usted cree ménos dispuestos en mi favor? Pues escoja entre los otros, ó mézclelos usted. Yo espero tranquilo.

Y si no acepta, ¿qué pensaremos de usted, Sr. de Bonafoux? Por mi parte, lo mismo que ahora; pero el público, ¿qué pensará? Quedo aguardando su resolucio;n; mas entretanto, permítame que concluya con algunas observaciones.

## VII.

Con franqueza, señor mio, si yo hubiera ido á comer con usted y con su tío *in illo tempore*, y si hubiese admitido el trato de usted y hubiese leído sus libros y hablado de ellos en mis artículos, ¿sería tan piagiarío como ahora me llama?

Hace pocos dias escribia yo á un escritor americano valiente y despreocupado, gracioso y justiciero, y le decia que así como Juanelo construía autómatas de complicado resorte que iban y venian, y parecian personas en el modo de moverse, así, á mi antojo, he fabricado enemigos literarios, que si hubiese querido no lo serian, y en vez de moverse en la direccion que ahora siguen, atacándome, irian por otro lado pregonando méritos que no tengo. ¿Qué caso quiere usted que haga yo de estas batallas de pluma, cuyos movimientos obedecen á un resorte que es invencion mia? ¡A cuántos contendria hoy de mi parte, en vez de tenerlos enfrente!

Pero yo sé lo que me hago, Sr. Bonafoux, y á quien conviene tener lejos.

Debo advertirle ahora que no tome lo dicho por principio de polémica. Nada de eso. No discuto con usted. A lo que arriba me obligo, me atengo; pero nada de disputar usted y yo. Diga de mi lo que quiera, no replico. Obras son amores. Si usted acepta mi reto, apuesta ó como quiera llamarlo, dígallo, y á ello.



## VIII

Y ahora, lector archipio, me vuelvo á tí y postrado de hinojos te pido perdón por haber llenado tantas cuartillas de insulsa prosa que nada te importa y por haberte hablado del tal Bonafoux, en vez de emplear papel y tiempo en cosa de más sustancia.

Al fin y al cabo, estas miserias á que nos vemos expuestos los que andamos por las callejuelas de la literatura, en calidad de ronda, no dejan de encerrar enseñanzas; son rasgos característicos del tiempo y de las costumbres. Hasta interesante me parece el tipo que Bonafoux representa también como cualquier otro: no es el Tersites homérico, ni mucho menos el Tersites gracioso y á su modo filósofo de Shakespeare: es un producto de nuestra literatura moderna acumulada en grandes centros donde todas las falsas vocaciones, estimuladas por neurosis evidentes, se codean y luchan entre sí á ciegas, en la oscuridad más profunda, para disputarse el sitio por donde esperan que ha de pasar un rayo de luz, por tenue que sea. Un Bonafoux podrá ser antipático, nocivo para la vida literaria, pero no es vulgar; hay algo en el tipo que llama la atención, si se le llega á conocer. Después de observación reflexiva, da tristeza. ¡Quién logrará arrancarle á un hombre así la idea de que tiene ingenio, de que es un verdadero literato! ¿Cómo hacerle comprender que lo que él puede ver y lo que él puede imitar no es más que una vana apariencia, quedando lo que importa en regiones para él insondables? Usar un lenguaje familiar; que degenera en characano, despreciar las tradiciones de la prosa castiza, no respetar á nadie, por grande que sea su nombradía (Bonafoux se ríe de Castelar, por ejemplo), acoger las frases hechas y las muletillas de moda entre el vulgo, y con tales elementos disfrazar las ideas más insignificantes de chistes y rasgos de agudeza, estos y otros recursos por el estilo son los que escritores *humoristas* y *desenfadados* emplean muy satisfechos de sí mismos, creyendo así emular á Quevedo, á Figaro y á cuantos satíricos Dios crió. Y el desengaño no los desengaña, sino que los irrita, y gritan desde la oscuridad como condenados; como si el limbo fuese el infierno y las masas compactas de tinieblas, mares de fuego.— ¡Qué pena da el pensar que un ser así fué un niño inocente, de alma purísima, tal vez hermoso como un ángel, gracioso y dulce! ¡Parece imposible semejante transformación! Porque ahora es el ser más artificial, de pasiones menos disculpables, menos naturales; de vehemencias más vanas y repulsivas. ¡Cuánto se podría decir del tipo de Bonafoux en sus muchas variedades! La novela, fuera de España, le ha estudiado en poco, no mucho. Además, de pueblo á pueblo varía el personaje. Yo me permito, sin ánimo de ofender á Bonafoux ni á nadie, señalar este campo de observación psicológica á los novelistas españoles. Creo que en el arte con-



temporáneo tiene mucho interés el estudio de las clases y de los individuos huecamente vencidos en la lucha por la existencia. El escritor sin ingenio, pero con todas las ansias del artista, con sus nervios, con su vanidad, con su afición al esplendor, al lujo, á la gloria, con todo, en fin, menos lo que hace vencer, es una variedad que, además de inspirar tristeza, despierta curiosidad y á su modo interesa. Dentro de esta variedad, con especiales caracteres, está el literato que, como Bonafoux, quiere y no puede, pero cree que pudo. Tiene el escepticismo que á veces aqueja á los que van de veras, con otros muchos achaques que suele padecer el escritor moderno, y sin más que estas señas ya se juzga autor de moda, una *influencia* en la vida literaria contemporánea. No hay más que ver á ese Sr. Bonafoux en la calle, con su aire de *distraído*, el cuello levantado... ¡Vaya cuanto más lo pienso, más digno me parece de una novela!

Después de todo, entre él y el poeta *en tres actos y en verso*, ó el que imita á Campoamor ó á Nuñez de Arce... me quedo con Bonafoux.

Y capaz será de decir, si algún día ve en un libro cualquier personaje que se le parezca un poco: «¡Esa figura está copiada de la *Educación sentimental* de Flaubert,» por ejemplo!

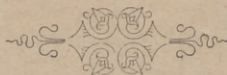
¡Ah, D. Luis Bonafoux y Quintero! dados los articulitos de usted que leí hace años, y el cuello del gabán *erguido*... se me antoja conocerle á usted como si le hubiese *dado á luz*.

Si usted quisiera... podríamos ahorrarnos eso de la consulta.

Vamos, haga un esfuerzo, y sea *original* de veras una vez; haga lo que harían pocos, declare... que no hay tales plagios, que usted ha querido hacer una que fuera sonada, y de camino mortificarme y darse tono; pero que, en puridad, no me cree á mi plagiarlo. ¡A que no! ¡Como si lo viera!

LEOPOLDO ALAS

(CLARIN.)







## El canal de ambos mares.



Por Setiembre del año pasado celebrabase en Toulouse una exposicion, que atraia à la populosa capital del Languedoc mucha màs gente que la famosa movilizacion del 17º cuerpo. Casi todos los dias celebrabansè sesiones ya de pedagogos, ya de literatos, artistas, arquitectos; en una de ellas, es decir, en la noticia que daba un periòdico tolosano, me enteré por primera vez del grandioso proyecto, que aun despues de la apertura del istmo de Suez, de la del de Panamá, y de tantas otras maravillas de la moderna ingenieria, puede aparecer à muchos como un poco gascon, ó si se quiere andaluz. Tratábase nada ménos que de emprender definitivamente la construccion de un canal marítimo, sin esclusas, que ha de unir el mar Atlántico con el Mediterráneo, arrancando de Burdeos para morir en Cette; es decir una pequeña zanja de 370 kilómetros (en línea recta, màs de 500 en realidad), de 150 metros de ancho en la superficie del agua, con diez metros de calado, y esto teniendo que abrir trincheras (pues no hay que pensar en túneles) de 150 à 180 metros de profundidad, por muy hábilmente que se estudie el trazado. Para que nuestros lectores puedan desde luego formarse una idea de la magnitud de la empresa les recordaremos que el canal de Panamá, en el que se han tropezado con dificultades enormes tiene los siguientes datos: longitud de línea recta del Atlántico al Pacifico, 50 kilómetros; longitud del canal, 74 kiló-



metros; anchura en la superficie, de 36 á 22 metros; calado, 9 metros: cota máxima de la gran trinchera, 402 metros. El capital primitivo con que se emprendió la obra del Panamá creemos que fueron 600,000.000 de francos; pero acaba de hacerse una nueva emision de obligaciones, cuya cifra no recordamos, y que no debe bajar mucho de la primera; se calculó la duracion de las obras en seis años, ahora se alarga á nueve, dejando sin hacer obras importantes; y es opinion unánime que no bastarán esos nueve años; la gran trinchera, cuya cota máxima es de 402 metros, asusta hasta el punto de que se piensa seriamente en renunciar á ella, al ménos por ahora. Añadan nuestros lectores que á pesar de la experiencia adquirida por Mr. Lesseps en la apertura de Suez, en Panamá ha habido que hacer una infinidad de tanteos desgraciados, que allí se han estrellado ingenieros y contratistas casi ilustres y muy expertos; y volviendo á leer los datos referentes al canal de ambos mares, convendrán en que no es extraño que la empresa tarde en formalizarse más de lo que tolera la impaciencia de los meridionales del Norte de los Pirineos.

Sin embargo tan inocente como es creer que nuestros ingenieros modernos no conocen obstáculos para realizar sus proyectos, teniendo dinero á mano; y que toda empresa, que acometen, vá desde luego madura en todos sus detalles, y preparada para ser en el terreno una reproduccion gigantesca de los dibujos y cláusulas contenidas en planos y pliegos de condiciones; tan inocente como es tal fé en la ciencia y arte de la construccion, tan insensato sería querer fijar el límite de las posibilidades. Así pues, lo primero que hay que hacer, en asuntos como el que nos ocupa, es convencerse de las ventajas que ofrece; pues si éstas son positivas, lo más probable es que la obra se realice. Teniendo á la vista algunos trabajos sobre el proyectado canal, y con lo poco que nuestros conocimientos puedan sugerirnos, vamos á llenar, creemos que no inútilmente, algunas páginas de la REVISTA.

## I.

La apertura del Istmo de Suez ha recrudecido, digámoslo así, la importancia del Mediterráneo devolviéndole su antiguo papel de camino de las indias para todas las naciones europeas; así pues, como en estas grandes vías internacionales, cada potencia se preocupa antes que de todo de la seguridad de la vía para sus naciona-



les, que generalmente consiste en hacerla insegura para los presu- mibles adversarios, resalta antes que todo el aspecto político-mili- tar de semejantes cuestiones. Considerado el mediterráneo como un gran trozo del camino de Europa á Indias, las potencias euro- peas, que están en buena posicion, deben atender á dominar la entrada y salida de ese trozo, y sus orillas. La Inglaterra, que por su posesion ultra-occidental necesita recorrer todo el trozo, no se ha descuidado, y aunque no haya podido atribuirse la perfecta y absoluta posesion del canal de Suez y la del estrecho de Gibralt- ar, aunque en el derrotero mediterráneo no posea tantas estaciones y factorias, como desearia y necesitaria para considerar el Mediter- ráneo como un lago británico, como un canal cuyas esclusas maniobraba ella á su antojo, ha hecho en este sentido lo suficiente para asegurar á su poderosa escuadra un acceso fácil en todo caso de guerra; acceso dificultado en gran parte á las demás naciones marítimas por la posesion de Gibraltar. Puede decirse que la en- trada oriental del Mediterráneo está á disposicion de cualquier po- tencia por la neutralizacion del canal de Suez; pero dada la pre- ponderancia de la escuadra inglesa, y el dominio ingles sobre la entrada occidental, ó sea Gibraltar, se comprende perfectamente que la accion marítimo-estratégica será en todo caso más desem- barazada para Inglaterra que para Francia ó España por ejemplo, y mucho más que para Alemania. Solamente Italia con su posicion central, sin colonias que defender en otros mares, pudiera ser for- midable enemigo para Inglaterra, á poco que las flotas italianas demostráran haber hecho progresos, no tanto en formas y tamaños de buques, como en verdadera eficacia militar, que hasta ahora no han demostrado.

Pero las dos naciones, que tienen más interés en anular el dominio inglés en el paso de Gibraltar, son sin duda Francia y España; ambas poseen costas á los dos lados del estrecho, y ambas poseen colonias en muchos mares; no pueden pues en caso de una guerra marítima limitarse, como Italia, Austria y aun Turquía, á tomar como teatro de operaciones exclusivo el Mediterráneo; y sus escua- dras necesitan poder entrar y salir con libertad en este mar interior; lo que si no imposibilita por lo menos dificulta muchísimo la pose- sion de Gibraltar. Para Francia aun se hace más sensible esta des- ventaja, pues aliadas España é Inglaterra, ó si España recobrara á Gibraltar, puede decirse que la escuadra francesa en toda guerra



quedaría cortada en dos porciones, cuya oportuna reunion, y reciproco auxilio tropezaría generalmente con dificultades insuperables.

Por eso indudablemente la construccion del canal marítimo de ambos mares influiría de una manera notable en la gerarquía de los predomínios europeos sobre el mar Mediterráneo; Francia desde luego puede decirse que doblaba su escuadra, y aun suponiendo que el estrecho le fuera hostil en ambas orillas, y que los buques ingleses y españoles vigilaran el golfo de Vizcaya y el de Lyon, desembocaduras del nuevo canal, de todas maneras lo corto del camino, lo seguro de éste y lo céntrico de su posición, serian circunstancias favorabilísimas para toda acción estratégica de las escuadras francesas. Claro es que si solo las ventajas militares fueran el resultado de la empresa, ni aun Francia con ser tan rica podría acometerla; pero estas ventajas militares se traducen á su vez en ventajas económicas, y van á sumarse con las de este género, que en otro párrafo desarrollaremos. Efectivamente, hoy que los grandes acorazados cuestan quince, veinte y veinticinco millones de pesetas, que la industria progresa de tal manera que puede asegurarse que el tipo de buque de guerra más perfecto queda punto ménos inservible al cabo de veinte años, ahorrarse constantemente la construccion de entretenimiento de cuatro ó cinco de estos monstruos no es asunto baladí; pues acaso representa un ahorro anual de cinco millones de pesetas; ó sea un capital de 100.000.000, que la construccion del canal dispensa de dedicar en la escuadra francesa; pues cualquiera que sea la fuerza naval que la Francia quiera y pueda sostener, la posesion del canal de ambos mares equivale á más fuerza militar que esos cuatro ó cinco acorazados, cuya eficacia podía ya ser exigua el día de la lucha. Bajo el aspecto militar no cabe duda de que la apertura del canal de ambos mares añadiría fuerza extraordinaria al poderío naval de Francia como potencia mediterránea; por esa misma razon ninguna otra potencia podrá ver con gusto la realizacion del proyecto, y en cuanto sea posible procurarán todos que los capitales extranjeros á Francia no concurren á ella; pues eso no debe importar á la nacion, cuyas economías han sido bastantes para ejecutar el canal de Panamá, despues de haber llevado á cabo el de Suez, y de haber pagado á Alemania la más formidable indemnizacion de guerra que registran los fastos de la historia,

Si miramos el asunto bajo el punto de vista español, pueden vis-



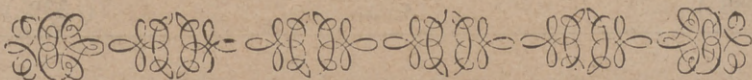
lumbrarse resultados distintos. Acaso Inglaterra, se dirá, perdida la influencia de Gibraltar, como una de las llaves del estrecho, no tenga inconveniente en ceder à España ese trozo de nuestro territorio, que real y efectivamente molesta al patriota más frio; pues siempre molesta un agravio, que solo se tolera por falta de fuerza para rechazarlo como corresponde. Acaso, por el contraio, Inglaterra aspire à completar la posesion del Estrecho, para al menos tener à su completa disposicion (hasta cierto punto) esa gran posicion estratégica para la guerra marítima. Mas nos inclinamos à la segunda solucion; y en todo caso al statu-quo, que haría indiferente para España la construccion del canal de ambos mares. Es decir, no indiferente respecto à Francia, sino respecto à la recuperacion de Gibraltar; pues Francia adquiriria sobre nosotros, como sobre todas las potencias mediterráneas, un gran refuerzo de poderío militar. Estas consideraciones estendidas à las demás potencias enseñan que esa obra gigantesca, al alterar las circunstancias geográficas de la Europa, alteraría la antigua corriente de los intereses políticos, y podría determinar tendencias, alianzas, y rivalidades distintas hasta cierto punto, de las que hoy son aceptadas en la diplomacia europea. Pero ni es empresa facil querer agotar el asunto, ni nosotros nos hemos propuesto otra cosa que hacer resaltar la importancia que para todas las naciones europeas puede tener una obra que à primera vista parece exclusivamente francesa

(CONTINUARA).

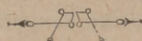
G. A.







## Cajon de sastre.



QUE CONTIENE RETAZOS BUENOS, MEDIANOS, MALOS, Y PEORES.

No hay gente tan generosa como la que nada tiene que dar.  
Es cierto que el hombre más ocupado es el más dichoso; pero suele faltarle tiempo para comprenderlo.

*En la escuela.*—«¿El arca fué construida en un país cálido, verdad, maestra?»—preguntó una de las niñas más listas de la clase de Sagrada Escritura.—«Sí;—replicó la maestra—en el país que ahora llamamos el Asia Menor.»—Entonces ¿dónde encontró Noé el par de osos polares?»

*Entre madre é hija.* *La hija.*—«No hay mas que una sola cosa más asombrosa que la presteza con que Nicolás dejó de fumar en cuanto le dí palabra de casamiento.»

*La madre.*—«¿Y cuál es esa cosa tan asombrosa?» *La hija.* «La presteza con que volvió á fumar en cuanto estuvimos casados.»

*Entre amigos.*—«Mi querido amigo ¿cómo ha logrado V. adquirir una fortuna tan considerable?»—«Gracias á un método sencillísimo.»—«¿Qué método es ese?»—«Aparentar riqueza cuando era pobre y pobreza cuando llegué á ser rico.»

*En un Ateneo.*—«Todas las cuestiones, todas las cosas tienen dos lados;»—decía un conferenciante algo pesadito.—«Vuelvo á decirlo; hay dos lados»..... Interrumpióle un hombrecillo que parecía fatigado, diciendo:—«Bien; si V. me lo permite, voy á salir de este salon para ver si en efecto tiene dos lados. Sé que tiene un lado interior; y si veo que tiene un lado exterior, lo conocerá V. en que no vuelvo. No debe V., pues, alarmarse si no vuelvo.» Dichas estas palabras se dirigió á la puerta: el público todo le miraba con admiracion y envidia.

Un filósofo es un hombre que se consuela fácilmente de las desgracias ajenas.



Una persona sociable es la que cuando tiene cinco minutos disponibles vá á molestar á otra que no los tiene.

*Entre novios: Un amante tímido:*—«Bien sé que soy un oso, Adela.» *Ella:*—«Ur cordero, querrás decir. Los osos abrazan á la gente; tú no haces más que balar.

*En visita:*—«¡Ah!»—dijo D. Silvestre poniendo sobre sus rodillas al niño de su amigo D. Ambrosio.—«Este hermoso niño tiene los ojos de su madre, la nariz de su padre, y..... *mi pelo,*» añadió cuando el prodigio infantil le dió un tirón del tupé.

Se vá á fundar un periódico titulado *El Paraguas*, y se espera que todo el mundo lo tome. ¡Está el tiempo tan lluvioso!

*En visita.* D.<sup>a</sup> Simplicia decía á unas amigas que habian ido á visitarla: «Hagan ustedes como si estuviesen en su casa. Yo estoy en mi casa, y deseo sinceramente que tambien ustedes estén en la suya.»

*En la fonda. Una señora anciana, muy nerviosa, que tiene su cuarto en el piso séptimo:*—«Diga V. mozo, ¿sabe V. si el propietario de esta fonda ha tomado alguna precaucion contra los incendios?»—*El mozo:* «Sí señora. Ha asegurado la casa por el triple de su valor.»

*Entre esposos:* Quejándose de la inconstante fortuna decía una señora á su marido:—«¡Qué modo de bajar! Y todo por tu culpa.»

—*El marido:* «¡Qué tonterías dices! Cuando te casaste vivías en el primer piso, y ahora vives en el quinto. ¿Y llamas á eso *bajar?*»

*Orden cronológico.*—«¡Qué niños tan lindos tiene V.!»—decía un caballero á la madre de tres pequeñuelos.—«¡Ah, queridita!»—añadió poniendo á una niña de cinco años sobre las rodillas—¿eres tú la mayor de la familia?» Y respondió la tierna señorita:—«No, señor; papá es mayor que yo.»

*Un empleado en una oficina pública á su amigo íntimo:*—«Me encuentro en un horrible compromiso. Vi ayer á dos médicos, y obtuve de cada uno un certificado: el uno un certificado de salud para la compañía de seguros sobre la vida, y el otro un certificado de enfermedad para solicitar permiso para ir á tomar baños á Alhama. ¡Y los he enviado con los sobres trocados!»

Un prestidigitador ambulante que mostrando su habilidad recorría las poblaciones del estado de Tejas en los Estados Unidos de América, tuvo una noche un contratiempo harto desagradable. Durante la sesion hizo desaparecer un duro préviamente marcado que una señora tenia dentro del pañuelo. Yendo el prestidigitador entre los espectadores, tocó á un negro familiarmente en el hombro, diciendo:—«El duro se encontrará en el bolsillo de este caballero de color.» Todos los ojos se fijaron en el caballero de color, quien se levantó y extendió su negra mano en la que habia seis moneditas de cobre. Cuando el prestidigitador se le acercó, el negro dijo:—«Aquí tiene V. la vuelta. He comprado un cigarro y he tomado dos botellas de cerveza con el duro que V. me encargó tuviese en el bolsillo hasta que V. me lo pidiera.»

—«Qué es la lógica, Tomás?»—preguntaba un jovenzuelo ignorante á un amigo que habia terminado sus estudios en la Universidad.—«La lógica—replicó el estudiante—es el arte de razonar. Así por ejemplo: Tú eres un hecho. Los hechos son inflexibles; esto



es, obstinados. Los burros son obstinados; luego tú eres un burro.»—«¡Hombre, hombre!—dijo el otro lleno de admiración.—«Nunca lo hubiera pensado.»

La venganza es la única deuda que no se debe pagar.

La mejor *mano* en el juego de la vida es la mano de una buena y amante esposa.

El que abra poco su boca y su bolsa conservará su reputación y su dinero.

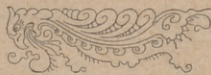
*Pensamiento de una casada*:—«Los maridos son una calamidad. No entienden una palabra de hacer vestidos ni de zurcir encajes; pero son muy útiles cuando hay que colgar un cuadro, ó cuando un ratón hambriento penetra en la despensa.»

*Un viajero* (en un carruaje de segunda clase):—«Creo que me he equivocado de carruaje.» *El inspector de billetes, severamente*:—«Hay que pagar la diferencia.» *El viajero, triunfantemente*.—«Eso es, Tiene V. que darme cuatro pesetas, pues tengo billete de primera clase.»

Tomasito había reñido con su hermana, y no quería abrazarla. Su tía le dijo: ¿Has olvidado ya lo que papá nos ha leído hoy mismo en el libro de oraciones; esto es, que debemos perdonar siete veces, y setenta veces siete?—«Sí,—replicó Tomasito;—pero recuerdo perfectamente que lo que leyó fué que se perdona al hermano. Seguro estoy de que no leyó que se perdona á la hermana.»

CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.







# Ni esperanza ni miedo

(De Victor de La Prade)



— «Tu serás seul....»

— *Qu'importe!*

— *Ecrasé par le nombre....»*

— Solo estarás....»

— ¡Qué importa!

— Y aplastado

por la turba....»

— ¡Qué importa!

— ¡E inglorioso

morirás: y tus restos y tu nombre  
cubrirá eterno olvido: luto triste  
no vestirán por tí los hombres justos.

— Si su causa servi y à la justicia;  
si à costa de mi dicha, un dia he sido  
el eco del honor para este pueblo  
¿qué importa que la noche me sepulte? ...»

Al derrumbarse todo, mi conciencia  
en pié se encuentra aún, y en paz desprecio  
los ídolos de vana muchedumbre.



No seamos ligeros en rendirnos  
al partido más fuerte; raras veces  
el número y razón están de acuerdo:  
he visto siempre, y más en nuestros días  
à un lado la justicia, al otro el vulgo.

Sigo, por géneo, al hombre à quien se grita  
¡abajo! ¡à Barrabás la turba elige;  
y al casar de este juez el fallo innoble,  
lo porvenir, la historia nos aplauden.  
y el populacho vil será juzgado.

Aténas enloquezca: muera Sócrates:  
maldecirán los siglos tan gran crimen  
vengando à la razón, y tendrá el justo  
un templo santo en lo que fué su cárcel.

Para que triunfe la justicia lenta  
basta un testigo que no sea cómplice;  
basta un solo hombre que hable con franqueza,  
para aplicar la pena à un siglo impuro:  
—Más tú, y aquellos de memoria muerta  
por siempre sois vencidos....

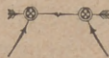
—Y qué importa!

¿no tenemos mas juez que el de la tierra?....  
El, sin cuidarse de quien vence, pesa  
nuestros combates, cuenta los vencidos  
en meritoria lucha, y alto premio  
concede à los damnados por la historia.

Luchemos, pues; luchemos con bravura  
por el deber, no por la gloria, amigos!

Ni miedo, ni esperanza ¡El que es perfecto  
lucha, seguro de la rota, y lucha;  
y à pesar de los vientos y las olas  
recto camina: de este modo à un pueblo  
se le puede servir.... desafiándole!

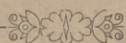
VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.







## EL CULTO EN LA CIUDAD ANTIGUA.



Si considerando bajo todos puntos de vista es altamente indispensable, útil y provechoso para la humanidad el estudio de los múltiples acontecimientos realizados en Grecia y Roma, y de las diversas causas de los mismos pretendemos deducir consecuencias más ó ménos lógicas que expliquen el porqué de su civilización tan decantada, de importancia suma es también el que se relaciona con los orígenes de su culto religioso, base de las costumbres y de las instituciones de ambos países, á los cuales, más que á otro alguno de la antigüedad, diríjense con anhelante afán las curiosas investigaciones, de los sabios, de los jurisconsultos y de los artistas.

Se ha dicho en todas épocas y por cierto con muy fundada razón, que en el estudio de las creencias religiosas de los pueblos antiguos es donde puede hallarse la clave del enigma, que en vano el historiador ha pretendido descifrar, para comprender el verdadero origen de sus principios, sus usos y sus hábitos; y por cuanto la religión fué lo que formó la regla de vida de los Imperios más remotos, al conocimiento de esta y de su culto es á lo que debe atenderse todo aquel que ambicione hacer el análisis perpétuo de la Sociedad Griega y Romana.

En las creencias sobre el alma y sobre la eternidad; en el culto profesado á los muertos; en el significativo símbolo del fuego del hogar y en el sin número de raras ceremonias practicadas sin interrupción alguna por el romano y por el ateniense de los primeros siglos, es donde hallamos siempre el fundamento de sus prácticas sociales; hasta ahora con tan poquísimos provechos estudiadas y tan mal ó de ninguna manera comprendidas en su modo de ser y de existir.

La civilización de las monarquías lucráticas de Oriente, por lo



mismo que no extraña tantos y tan opuestos cambios en la existencia real de sus principios morales, políticos y religiosos, ha sido considerada por la mayoría de los historiadores de idéntica manera, y las poderosas razones que se han aducido para explicar su ruina no les han llevado al espinoso campo de las rivalidades y de los antagonismos; pero si en lo que respecta à este asunto existe un solo y único criterio razonable, no podemos decir lo mismo del que guarda estrecha relacion con aquellos países, que despues de adquirida la herencia de los imperios asiáticos, que la mano del Omnipotente destruyó, llevaron más adelante los fines propios, que al hombre estimulan en su breve cuanto dolorosa peregrinacion sobre la tierra.

Hasta ahora hanse tenido por muy exactas y muy verídicas ciertas afirmaciones hechas por hombres, que si bien conocieron à fondo las instituciones de Roma y Grecia, en vano trataron de remontarse al origen primordial de las mismas: y como en la edad presente, merced al constante y no interrumpido estudio de aquellos pueblos, es como ha llegado à comprenderse muchas de sus prácticas sociales, de aqui el que nosotros, creamos de suma utilidad para nuestros lectores, estos brevísimos y sencillos apuntes, sobre lo que en realidad fué la religion y el culto de la ciudad antigua, durante las primeras épocas de la civilización helénica y Latina.

Las poblaciones greco-italianas, siguiendo en un todo el principio que acerca de su propia naturaleza, del alma y de la muerte, sostuvo la raza indo-europea, à que pertenecian, jamás y bajo ningún concepto dejaron de creer que la vida del hombre experimentase otra nueva trasformacion más allá de los límites del sepulcro, y durante dilatado número de siglos subsistió la creencia de que el espíritu acompañaba al cuerpo en su misterioso viaje à los abismos de la eternidad. (1)

Como testimonio indudable de lo que en las anteriores líneas acaba de exponerse, tenemos el rito de la sepultura que los hombres de otras épocas ulteriores, no conocieron, cuando ya las ideas sobre la futura suerte del alma, iban despertando la inteligencia de los filósofos, à los cuales débese en gran parte la decadencia de la civilizacion antigua del Lacio y de la Grecia.

Cuando en dichos países llegaba à depositarse en el sepulcro el cuerpo de un ser humano, creíase que acompañaba à este algo vivificador, algo inmortal, y como consecuencia de tal pensamiento no se le dejaba solo, sino que sus parientes, amigos y allegados obstinábanse à porfia en colocar junto à él todos cuantos objetos habia usado en vida y que le eran forzosamente indispensables en la

(1) Téngase presente que hablamos de las épocas más remotas, de Roma y Grecia, cuando aun ni remotamente habíase pensado en adoptar la costumbre de la cremacion de los cadáveres, uso que despues de largos siglos prevaleció, hasta el triunfo de la sublime doctrina del Crucificado.



nueva existencia, à que el poder del padre de los Dioses le sujetaba por espacio de tiempo indefinido.

Los funerales de Polidoro, tales y como nos los describe con su inimitable pluma el insigne autor de la Eneida y las Geòrgicas, son pruebas bien claras y evidentes de lo que dejamos dicho, por mas que en la época en que vivió el *Cisne de Mantúa*, no se conservasen vestigios de esta clase de ceremonias religiosas, pertenecientes à siglos anteriores, ó à lo que pudiéramos llamar muy bien, especialísima formacion de la ciudad antigua.

El poeta griego Pindaro, nos ha dejado en cierto verso de una de sus màs inspiradas odas heróicas, una prueba muy significativa por cierto de esta clase de ideas, que ejercieron singular predominio entre los primeros habitantes del territorio helénico.

Si en vista de todo esto consideramos ahora la costumbre, que tanto los griegos como los romanos tenian de tributar sagrada adoracion à sus antecesores, remontándose de generacion en generacion, para explicar su origen, al fundador de la familia, podremos ver que las prácticas religiosas del hogar reconocian como causa la creencia anteriormente manifestada, de la cual, como no podia ménos de suceder, nació sin duda alguna el tan extraño cuanto originalísimo culto hàcia los muertos.

Este culto es el que por espacio de más tiempo duró en las ciudades griegas y romanas, sobre todo en las últimas, hasta que Constantino declaró única religion del Imperio, la Católica.

Los individuos todos de una familia veíanse precisadós, pues à compartir sus alimentos con los seres à quienes adoraban como à dioses, y siendo así que estos yacían enterrados dentro del mismo hogar y en un pasage à propósito, à él se acercaban en las horas de las comidas; puesto que esa creencia universal que los muertos participaban de ellas, para poder continuar la nueva vida que tras la losa del sepúlcro comenzaban, al abandonar para siempre el mundo terrenal.

Y no era esto solo, sino que en toda clase de acontecimientos, ya tristes, ya alegres, ya prósperos, ya adversos, aproximàbanse igualmente à la tumba de sus antecesores, puesto que segun las ideas religiosas más dominantes en aquella época; estos tomaban parte tambien en las penas, dolores, infortunios ó goces y placeres de la familia, cuyo destino estaban llamados à proteger eternamente.

Invocàbase de continuo la proteccion de los muertos y se les llamaba dándoles diferentes nombres, que revelan la respetuosa adoracion de que eran objeto en todas circunstancias.

Segun Eschilo y Escúpides, los griegos daban à sus ascendientes, así consagrados por el entusiasta amor de la familia, el nombre de dioses subterráneos.

Para asegurar bajo todos los medios posibles, el bien, la fortuna y la prosperidad del hogar, era necesario ante todo tener propicios à los muertos y tributarles diariamente el culto que les co-



rrespondia, so pena de verles salir del sepulcro y andar errantes por todos los ámbitos de aquel.

En este caso la familia veíase castigada por males sin cuento, que venian á demostrar el poder de aquellos á quienes la negligencia, el abandono ó el descuido, de los suyos, privaba de las comidas sagradas y de las libaciones.

Por el contrario si las ceremonias se llevaban á efecto segun la regla ó costumbre establecida, todo era prosperidad y bienandanza en el interior de los hogares, únicamente dispuestos para la deificación, respeto y culto solemne de los antepasados.

Véase pues, como el culto, profesado por la familia griega y romana á sus antecesores y tradicionalmente sostenido de generacion en generacion hasta la época del filosofismo anti-pagano, se relaciona con las instituciones de esa primera edad de ambos países y explica de un modo, que no dá lugar á dudas de ningun género, ciertos hábitos y costumbres, que no por ser más extrañas á nuestra manera de ser y de sentir, deban pasar desapercibidas para el historiador y crítico del siglo XIX.

Incurriríamos en anacronismos sumamente graves y dignos de la más severa y lógica censura, si nos propusiéramos estudiar cual se merece el periodo de la civilizacion helénica y latina, en sus múltiples manifestaciones de desarrollo material, moral é intelectual, haciendo caso omiso de esas ceremonias religiosas del culto privado, en las cuales se halla la base de todo cuanto encierra su profundo saber y su genio creador, que tanto nos admira.

Si no obrásemos, analíticamente, de esta forma; si al examinar los principios porque se gobernaron algunos pueblos de la antigüedad, nouviésemos presente su culto y sus ritos, de manera alguna nos seria fácil comprender la existencia de los patricios y plebeyos, de los tribunos y clientes, de los empátridos y de los proletarios; cuyas rivalidades, luchas y antagonismos son, por decirlo así, el único origen de los cambios, trastornos y vicisitudes de Roma y Grecia.

El fuego sagrado del hogar, llamado primeramente *Vesta* por los griegos y latinos, y en todas ocasiones *ara* ó *focus* por los últimos, era el dios tutelar por excelencia, la divinidad entre las divinidades de una familia, y en el que se sintecizaba toda la adoracion, todo el respeto, todo el entusiasmo de los que, unidos por un indisoluble vínculo religioso, jamás y bajo ningun concepto dejaban de tributarle las ofrendas establecidas por el ritual doméstico.

Tanto el griego como el romano tenian la estrecha, la ineludible obligacion de mantener siempre vivo el fuego de los *lares*; y aquel que, inadvertidamente dejaba de cumplir con tan imperioso precepto, veíase precisado á purificar su cuerpo con sacrificios expiatorios, hasta obtener la gracia del Dios: pues segun la creencia más generalizada entre los hombres de esta remota edad á que



nos referimos, hogar estinguido era sinónimo de familia estinguida; lo cual prueba que tal uso no obedeció jamás á una costumbre de escasisima importancia, sino á otro origen mucho más alto; puesto que al fin el fuego sagrado simbolizaba todo lo más grande de la religion, cuyas prácticas tales y tan sagrados deberes imponian.

Una de las condiciones más indispensables era que el fuego se mantuviese puro en todas épocas; y con tal motivo prohibiase alimentarle con cualquier clase de leña, y si únicamente con la de la especie de árboles que los ritos marcaban, como más adecuada y á propósito para el objeto.

Como consecuencia del precepto anterior, tampoco era permitido ejecutar ante el ningun acto ilícito ó culpable, que pudiese ofender, bajo cualquier estilo, la magestad del gran Dios tutelar, cuya proteccion se manifestaba diariamente al hombre, aun en los actos más inocentes, sencillos y triviales de la vida.

Ante el fuego sagrado tenian lugar las ceremonias más solemnes, como el matrimonio, la investidura de la toga, la iniciacion en las prácticas del culto etc. y en tales ocasiones, alimentando el Dios con la grasa, de las victimas que se sacrificaban, con miel, manteca, fruta y espirituoso vino de Chipre y Falerno, mostrábase ante la familia en toda su magestad, por medio de una llama viva y brillante, que era el símbolo, de su alegría, de su amor, y de su regocijo.

En el acto de la comida, que era el más solemne, grandioso y severo del culto del hogar, acto á que no podian asistir más que los individuos de una familia, invocábase al fuego para que dispensára á los mismos toda clase de felicidades y venturas, y entonces se le concedian las primicias del alimento; pues tanto los romanos como los griegos y aun los indios, creian que los dioses necesitaban satisfacer sus necesidades terrenas como cualquier mortal. De aquí el que en todas circunstancias se tuvieran presentes las ofrendas con objeto de calmar su hambre y su sed, para que en ningun caso pudiese negar sus favores á los que de tal modo le bendecian y le honraban.

Ningun griego ni romano atreviase á salir fuera de los umbrales de su hogar doméstico, sin haber implorado antes la proteccion y ayuda del *fuego divino*, ante quien recitaba una ú otras oraciones, segun era el deseo de que se hallaba poseido, y segun tambien la mayor ó menor inquietud con que pretendia conocer la benevolencia de su Dios.

Ante el *ara ó focus* doméstico hacíanse generalmente todas cuantas promesas tendian á asegurar la perfecta consagracion del culto religioso; y si un individuo cualquiera faltaba á lo que prometia, ya por negligencia, ya por descuido imperdonable, el Dios le castigaba, mandando sobre él una série de infortunios y calamidades, cuya terrible espiacion no era bastante á aplacar la cólera del Dios ofendido.



Así es que en todas circunstancias vemos al griego y al romano de aquellas épocas dirigirse á la gran *divinidad doméstica*, para suplicarle suerte propicia en sus empresas y negocios; pero no sin que antes de poner término á su invocacion, pronuncie estas palabras prescritas por los ritos: *¡Oh! Dios de mis mayores; si no cumplo lo que tu te mereces y nosotros estamos obligados á ejecutar, manda sobre este LAR los castigos que tanto mi familia como yo consideramos más crueles.*

*¡Oh! AGNI, decia el indio á su vez: castígame si no cumplo tus mandatos: porque te pertenezco y todo lo que existe en esta casa es tuyo.*

Este culto, tributado al fuego, no era patrimonio exclusivo de las razas helénica, latina é india, sino de todas aquellas que, descendiendo de un mismo tronco, conservaban algunas reminiscencias de la primitiva religion que profesaron, de la religion ARYANA.

Pudieron, sí, despues de largo trascurso de los siglos, admitir nuevos dioses y alimentos otras creencias; pero en el fondo no podian ménos de ejercer gran influjo las antiguas costumbres de los ARYOS.

Pero en este culto, tal y como nosotros lo hemos llegado á comprender en sus orígenes, no podian intervenir otros individuos que los de la familia para quienes se instituyó; y tanto es esto así, que sus ritos no pudieron ser jamás revelados á otra alguna.

Por esto cada casa tenia un Dios protector ó un fuego divino, en cuyo culto nunca podia mezclarse para nada ni aun el mismo gran Pontífice de la Ciudad.

La religion del Estado y la doméstica, en los primeros albores de la ciudad romana, fueron completamente diversas entre sí; y aunque en el fondo ambas tendian por sus especiales condiciones á un mismo, solo y exclusivo objeto, en la forma diferenciabanse de una manera tal, que cuesta trabajo comprender el estrecho lazo político que pudo unir á aquellos hombres, para quienes los ritos, las ceremonias y el esplendor del culto en los dioses pátrios, en ninguna circunstancia significó otra cosa que la costumbre de adorar á los que, en tiempos muy remotos, fundaron la nacionalidad; de que con tan justa y legítima razon se vanagloriaban y enorgullecian.

El ciudadano romano y griego tenia en mucha más estima su culto privado que el de la gran divinidad *pollada*, ante la cual únicamente se postraba de hinojos cuando la *fratria* ó la *tribu*, á que pertenecía, obligábale á cumplir este deber imperioso, cuya trasgresion hubiera sido castigada siempre de un modo cruelísimo.

Hasta muchos siglos más tarde no se vino en conocimiento de que la fuerza política y social de una nacion cualquiera estriba en la unidad de sus creencias y su culto; y como en Roma y en Atenas, durante las primeras épocas de su historia, jamás se dió importancia alguna á la filosófica máxima que antecede, de aquí el que cada familia se creyese con derecho á invocar, como á sus pro-



píos dioses, á sus antepasados; á quienes la muerte convertía para toda una eternidad en poderosos genios tutelares del hogar doméstico.

Esta circunstancia y la no ménos importante de que los antecesores difuntos solo admitian, para proteger el *lar* en que moraban las ofrendas, invocaciones y comidas fúnebres de la familia á que pertenecieron, esplica de una manera harto satisfactoria la razon en que se funda el culto privado de aquella primitiva sociedad, cuya constitucion moral y religiosa tanto nos interesa conocer, si hemos de analizar debidamente los múltiples y extraordinarios acontecimientos realizados en aquellas épocas remotas.

El culto tributado á los muertos y el del *ara* sagrada ó *focus*, que para nosotros viene á ser una misma cosa, puesto que ya en los artículos anteriores hemos visto las analogías que los unen, era designado por los primitivos habitantes de Roma con el nombre de *parentare* y por los de Grecia con otro no menos significativo, cuya traduccion literal nos da á entender que las súplicas que se dirigian á los *manes* tenia que partir por precision de sus descendientes, en línea recta, siendo asi que la colateral nunca heredaba las prácticas del culto, instituida única y exclusivamente para los varones, desde el origen y fundamento de la constitucion de la familia.

Esta, era, pues, la causa primordial del secreto con que cada una celebraba dentro del recinto de los *lares* todos los actos religiosos, que tenian estrecha relacion con el culto privado, y si algun individuo, de otra diferente, llegaba á sorprender cualquiera de las ceremonias prescritas por los ritos, quedaban estas nulas y sin ningun efecto, hasta tanto que el Sacrilego no purificaba su cuerpo con los crueles castigos corporales, que el Pontífice Máximo, como jefe de la religion pública, imponia en todas circunstancias.

De lo dicho en el párrafo anterior, se desprenden de una manera lógica y exacta dos consecuencias, cada una de las cuales afirma lo que en nuestros trabajos precedentes, hemos indicado, á saber: primero, que el culto, de los muertos solo pertenecia para siempre de hecho y de derecho á la familia que de uno en otro siglo se remontaba á sus origenes ó sea á su primitivo fundador: y segundo que la religion del Estado, por medio del gran Pontífice en Roma y del Archonte en Atenas, para nada y bajo ningun concepto intervenia en las ceremonias solemnes del culto familiar, puesto que el único poder que los anales daban, á ambos era el de averiguar si en el interior de cada casa el padre de familia llevaba á cumplido efecto y con la debida asiduidad todos y cada uno de sus diferentes actos religiosos. *Suo quisque ritu sacrificia faciat*, esta era su obligacion; y este tambien, sin ningun género de duda, el imperioso precepto de la ley.

Para que esta ley se cumpliera en todas sus partes y con el objeto de que el culto sintetizase fielmente en cada familia el carac-



ter tradicional de que le vemos revestido en las antiguas épocas, tanto el Pontifice como el Arconte delegaban sus facultades en una asamblea ó consejo, formado por los jefes de cada *tribu* ó *fratria*, á los cuales estaba encomendada la averiguacion de aquellas faltas que se cometiesen en la práctica continua del ritual demés-tico.

Porque hay que tener presente que todo padre de familia, ya fuese habitante del Lacio, ya del territorio helénico, no tan solo tenía el sagrado deber de cumplir las ceremonias del culto de sus antepasados, sino que bajo penas severísimas, hacíase responsable por las leyes de cualquiera omision cometida por los individuos de su propia casa; á quienes debía denunciar, siempre que fuese conocida aquella, con sus más minuciosos y característicos detalles.

Segun la opinion de los más célebres comentaristas de los libros *Sivilticos*, el sepulcro que encerraba los dioses, manes, lares ó defensores propicios del hogar, hallábase situado; en Grecia, en el centro de cada casa, y en Roma, junto á los umbrales de la misma; con objetos de que los hijos tributasen siempre á sus antecesores la respetuosa adoracion que les correspondía.

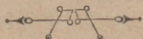
Pero tanto en uno como en otro pueblo, el especial cuidado de la familia era ocultarlo todo lo posible para que ningun profano pudiera descubrirlo; sobre todo durante los cultos religiosos que, por mañana, tarde y noche se verificaban, segun las prácticas establecidas.

Reasumiendo, pués, lo dicho hasta ahora sobre la religion doméstica y los orígenes del culto en la ciudad antigua, vemos que Grecia, Roma y aun la India no tributan á los dioses del Estado otra clase de adoracion que la indispensable para sostener vivo en todas épocas el sentimiento nacional. Que el lazo que une á los hombres es más bien político que religioso; que el culto de los muertos y del fuego del hogar simboliza todas las creencias, y que cada familia es una pequeña sociedad; cuya manera de ser y de existir producirá, en su tiempo, el carácter especialísimo que hasta tal punto le es facil conocer al historiador, al filósofo, al artista y al jurisconsulto.

Cuanto más se estudie la constitucion de la familia en esta época, tanto más se comprende el motivo de los grandes, múltiples y extraordinarios acontecimientos realizados en la antigüedad.

Este estudio es penoso; pero fructífero y sobre todo útil, para quien desee conocer, en sus más minuciosos detalles, la literatura, las costumbres, los hábitos y las preocupaciones de aquellos remotos pueblos, cuya civilizacion tanto nos asombra.

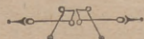
A C.







# Crónica local.



Con motivo del proyecto de erigir aquí un nuevo templo parroquial, llama un diario de la localidad á la iglesia proyectada *la quinta parroquia de Bilbao*; pero me parece que no será la *quinta* sino la *sexta*, pues tenemos ya en Bilbao cinco templos parroquiales, que son: Santiago, San Antonio, San Nicolás, San Juan y San Vicente.



Gustó bastante el partido de pelota que en el fronton de Deusto jugaron Ozoro y Lizurume contra el Vergarés é Idarreta: estos últimos hicieron los 50 tantos, dejando á sus contrarios en 45.

Llamó la atención el nuevo jugador, Idarreta, que en los saques y en las boleas hace maravillas.

En el fronton de Portugalete jugaron los hermanos Lapeira contra Arrízala y Mugarza: á pala Arrízala y uno de los Lapeira, y á cesta los otros dos pelotaris. Los Lapeira sacaban de los cuatro y medio cuadros, y de los cinco y medio sus contrincantes: ganaron estos el partido, dejando á los primeros en 34 tantos.



Me parece probable que, gracias principalmente á los esfuerzos de mi distinguido amigo D. Eduardo de Aguirre, el hermoso barrio de las Arenas se entenderá con el Ayuntamiento de Guecho, y seguirá formando parte de aquel municipio. Mucho he de celebrarlo; pues si, en general, no soy partidario de las anexiones, menos aun me agradan las disgregaciones municipales.



No he recibido la Memoria leída en la Junta general de accionistas de la importante *Sociedad de altos hornos y fábricas de hierro y acero de Bilbao*; pero en nuestro apreciable colega *El Noticiero Bilbaíno* encuentro interesantes noticias acerca de la misma.

Comienza la Memoria dando cuenta de la visita hecha á la fábrica por la reina regente en Setiembre del año anterior, y pasa luego á enumerar las construcciones realizadas últimamente.



La sociedad produce hoy los aceros Siemens y Bessemer, y está dotando á sus trenes reversibles de los útiles y máquinas necesarios para la laminacion de chapas y perfiles especiales para nuestra armada nacional en las mismas condiciones que se exigen.

Ha terminado un espacioso y bien distribuido taller de ajustaje, en el que se han establecido cuantas máquinas y útiles se han creído convenientes para atender á la casi totalidad de las necesidades de los demás, pudiendo dedicar á la venta una parte de sus trabajos.

El de calderería es otro de los talleres auxiliares de la fábrica que merece se le aumenten los elementos que actualmente tiene; pues aparte de lo indispensable que es su existencia para el servicio de los otros, puede dedicarse con provecho á las construcciones, tanto de obras públicas como urbanas.

En las instalaciones antiguas se han hecho algunas modificaciones con objeto de mejorar el servicio. La traslacion de la antigua fundicion de hierro que ha pasado á Requeta, y la supresion del alto horno más pequeño ha permitido disponer de un local bastante para establecer un buen taller de fraguas y martinets que ántes estaban diseminados.

Para el alto horno núm. 3 se está disponiendo un ascensor que permita tomar el hierro colado en los cucharones para conducirlo á los convertidores Bessemer en las mismas condiciones con que se hace en los altos hornos nuevos, consiguiendo de esta manera asegurar más el trabajo en los grandes trenes.

A las máquinas de vapor de los trenes antiguos se les están poniendo aparatos de condensacion para obtener mayor economía de combustible.

En los talleres se ha construido un martillo pilon, el más potente de los que hoy tiene la sociedad, y además se han montado cuatro hornos para cilindros con objeto de ampliar la série de estos completando todos los perfiles de viguetas y formas especiales.

La sociedad se lamenta del olvido en que se la tiene por parte del gobierno en lo que se refiere á sus productos para ferrocarriles. Las concesiones de introduccion de este material con franquicia de derechos se autorizan y llevan á cabo sin interrupcion, y la industria extranjera puede gloriarse de que trae aquí sus productos gracias á la proteccion que encuentra en su propio país, que le permite hacer ofertas de un 10 á 20 por 100 más baratas de los precios que allí obtiene.

Las ventas realizadas en el año 1887 han sido las siguientes: 9.104 toneladas de hierro colado, 13.043 de hierro homogéneo, 14.166 de carriles, 778 de tubos y 24.525 de lingote.

El saldo de beneficios líquidos en 31 de Diciembre de 1887 ascendió á 529.742,98 pesetas; de las que deducidas las cantidades que señalan los estatutos para el fondo de reserva y para el Consejo, quedaron 423.794,38 pesetas para repartir á las acciones.

La sociedad de socorros y la caja de cuentas corrientes continúan funcionando con la regularidad que es de desear. La sociedad cooperativa de los obreros tambien ha visto aumentar sus sócios. Todas ellas contribuyen, detro de su esfera, al bienestar de los operarios.

La Memoria consigna un respetuoso recuerdo de admiracion y cariño á la memoria del Sr. D. Juan María de Ibarra, fallecido el 26 de Noviembre último. Incansable en el trabajo, clarísima inteligencia en los negocios y pertinaz en sus propósitos, ha sido uno de los principales fundadores de la industria siderúrgica en este país, tomando una parte activa en la creacion de esta sociedad.

Para terminar el extracto de la Memoria, que viene á demostrar el estado próspero y floreciente de la sociedad de Altos hornos, debemos decir que el activo de la misma ascendia en 31 de Diciembre de 1887 á la cantidad de 23.126.422,93 pesetas.



Apenas habrá en Vizcaya quien ignore que Mundaca es la primera y más antigua anteiglesia del Señorío, y que por eso tenia en la inolvidable asamblea de Guernica el honrosísimo asiento primero. Sin embargo, un diario local que, más que todos los otros, tiene obligacion de saber estas cosas, llama *villa* á Mundaca. Debo, pues, hacer constar, que Mundaca no es *villa*, ni lo ha sido nunca. Las villas, por su inferior categoria politico-foral, votaban siempre en Guernica despues de las anteiglesias; mientras que Mundaca no solamente votaba con las anteiglesias, sino á la cabeza de todas ellas.





Brillante, como siempre, ha sido la velada con que la entusiasta sociedad *El Sitio* ha conmemorado el levantamiento del cuarto memorable asedio de la villa siempre invicta. El Sr. Delmas (D. Eduardo) leyó, como él sabe hacerlo, un precioso episodio de la guerra civil, escrito *ad hoc* por el distinguido periodista D. Federico de Urrecha, y recitó á petición del público, varias poesías. La parte musical, dirigida con notable acierto por el maestro Zabala, no agrudó menos á la distinguida concurrencia.



Voy á apuntar aquí un defectillo que he notado en uno de los escudos de armas que ornan la fachada del bello fronton de Abando, obra notable de mi queridísimo amigo el aventajado arquitecto D. Julian de Zubizarreta. Cierto es que el defectillo á que me refiero tiene poca importancia; pero como tambien el corregirlo costaría muy poco, creo que debe hacerse. Aviso á quien corresponda.

Me refiero al escudo de la insigne villa de Durango. Suele habitualmente ponerse sobre ese escudo una corona real; pero se ha puesto una corona condal, sin duda teniendo en cuenta que la antigua Tavira fué cabeza del conlado de su nombre. Ahora bien; hasta los menos versados en heráldica saben que sobre la corona condal se ostentan diez y ocho perlas; de modo que vista la corona de frente, como se vé en el escudo, deben verse nueve perlas, y no ocho como en la corona del escudo del fronton de Abando.



Acabo de leer la *Hoja Literaria* de nuestro apreciable colega *El Noticiero Bilbaino* correspondiente al día 7 del actual. En ella el Sr. don E. A. T. da una soberbia paliza, bien merecida por cierto, al nunca bien ponderado *maestro ciruela*, de Guernica.

En la misma *Hoja* encuentro, entre otros interesantes trabajos, una preciosa poesía del egregio autor del *Libro de los cantares*. Tómome la libertad de reproducirla á continuación, bien seguro de que han de agradecermelo los lectores. Conviene además dar la mayor publicidad posible á escritos que como *La Musa indignada*, de D. Antonio de Trueba, están pirados en el más genuino vizcainismo.

No debemos cansarnos de protestar contra lo que con nosotros se ha hecho, y nuestra protesta debe ser tanto más enérgica cuanto que me dicen (no puedo creerlo), que no falta quien *diciéndose* vizcaino lame nuestras cadenas, y habla con entusiasmo de la libertad de que *segun él* gozamos, siendo así que como nadie ignora, están abolidas nuestras instituciones seculares, y cerrado el templo de nuestras leyes. Si hubiese un individuo tan abyecto, y fuera vizcaino, le llamaria *traidor*; pero es imposible. Nuestra raza no produce seres tan viles. Ningun vizcaino de pura raza es capaz de obrar así. Quede eso para razas menos nobles, educadas en el servilismo y la abyección; quede eso para histriones, juglares, titiriteros, lacayos, y siervos de gleba. Véase ahora la levantada composición del Sr. Trueba:

## I.

Vallecito ignorado y profundo  
y agreste y florido  
que entre verdes montañas te escondes,  
debes ser de mi musa bendito,  
porque solo escondida en la fronda  
de tus bosquecillos  
de manzanos, perales, higueras,  
ciroleros, cerezos y guindos  
entonar á la pobre le es dado  
sus cantos sencillos,  
que auu allí con frecuencia interrumpen  
envidiosos ó ineptos ó impíos,  
á pesar de que siempre que escucha  
sus gárrulos gritos,  
se remonta al azul de los cielos  
en demanda de paz y de asilo.



## II.

Yo no sé cómo tantos le dicen  
 en son de cariño  
 que hace mal en labrar como el pájaro  
 entre ramas y flores su nido.  
 Si aun allí modular no le dejan  
 sus cantos sencillos  
 envidiosos ó impíos ó ineptos,  
 ¿dónde ira á modularlos, Dios mio?  
 Plácenle las ciudades y villas,  
 escuela y asilo  
 de la ciencia y el arte, destello  
 de la ciencia y el arte divinos;  
 pero ¿cómo cantar podrá en ellas  
 con estro tranquilo.  
 si envidiosos ó impíos ó ineptos  
 no respetan su dulce retiro?

## III.

Es mi musa la musa del pueblo,  
 del pueblo que vino  
 desde aquella region donde tuvo  
 el humano linaje principio  
 á poblar el extremo Occidente,  
 de fieras dominio,  
 y conserva en los valles cantábricos  
 sangre y habla y honor primitivos.  
 Es mi musa la musa que inspira  
 al mártir del Irnio  
 que clavado en el santo Laubúru  
 á la libre Basconia alza un himno.  
 Es mi musa la musa que canta  
 los triunfos perinclitos  
 de Altabiscar, Padura y las Navas  
 exaltando á la pátria y á Cristo.

## IV.

¡Ay! solia posarse en las ramas  
 de un árbol bendito,  
 al que nunca tiranos osaron  
 por espacio de siglos y siglos,  
 y entonaba allí libre y dichosa  
 sus cantos sencillos  
 á la fé y al hogar y á la pátria  
 que sus únicos númenes hizo;  
 mas llegaron al pié de aquel árbol  
 tiranos impíos  
 y asestaron sus hachas al tronco  
 secular, respetado y bendito,  
 y volando, volando á los cielos  
 así al Señor dijo,  
 demandando indignada y llorosa  
 para tal sacrilegio castigo:



## V.

«El tirano sin Dios ni conciencia  
 que mi árbol ha herido,  
 en la tierra, Señor, y en el cielo  
 de tu santa clemencia es indigno.  
 Názcalle ingratitudes en donde  
 sembró beneficios.  
 Su lealtad y su amor entrañable  
 retribuyan falacia y desvío.  
 Lo que más haya amado en la tierra  
 lo llore perdido.  
 Se conviertan las flores y el césped  
 á su paso en ortigas y espinos.  
 Su conciencia cruel le atormente  
 despierto y dormido,  
 y le espere el destino de Judas  
 al finar el humano camino.»



En el partido de pelota jugado en Deusto por *el Vergarés* é Idarreta contra Ozoro y San Juan, perdieron estos últimos quedando en 35 tantos. Distinguiéronse principalmente Idarreta y San Juan; este jugó como en sus mejores tiempos, y el primero mostró notable habilidad y vigor grandísimo.



Creo que hay un medio excelente de hacer aún mas interesantes y provechosas las conferencias de El Sitio.

Las conferencias se podian dar en diversos idiomas, haciendo que de ese modo nuestra juventud se aficionara más al estudio de los mismos, estudio que las conferencias facilitarían considerablemente. Las conferencias se darían alternativamente en bascuence, castellano, francés, italiano, inglés, alemán y volapük.

Hánme sugerido esta idea las noticias que acabo de tener de las provechosísimas tareas del Instituto polyglota de París. Mencionaré algunas de las mas notables conferencias que estos dias se han dado en aquel centro.

El Sr. Raqueni disertó en italiano sobre *el Dante y su siglo*; la *vida y obras del capitán Marryat* fueron el asunto de la brillante conferencia que en lengua inglesa dió la señorita Mills; en la misma lengua disertaron la señorita Shoolbraid sobre el inmortal poeta Milton, y Mr. Morrison sobre el eminente publicista Ruskin. El Sr. Hálpérn disertó en alemán sobre *Carlos XII y Pedro el Grande*; en la misma lengua habló el Sr. Freyburger sobre *el Werther de Gøethe*.

También en castellano se han dado recientemente algunas conferencias que han sido aplaudidísimas; por ejemplo, el Sr. Pastor disertó sobre Cánovas del Castillo; el señor Arbouch sobre la actual exposicion parisiense de bellas artes; el Sr. Toro sobre *El naturalismo en España*; y el Sr. Contamine de Latour sobre *D. Vicente de Arana y sus obras*.



Se ha publicado el interesante número 4 del *Boletín Mensual de la Cámara de Comercio de Bilbao*.

Tan notable como los precedentes es el número 281 de la Revista *Euskalerría*, de San Sebastian.

El excelente y benemérito semanario *Laurak-bat* continúa con redoblado brio su patriótica campaña.

El número 34 de la *Union Ibero Americana*, ofrece un nuevo y gallardo testimonio de lo que vale y puede la benemérita asociación del mismo nombre, por cuya prosperidad hago votos ferventísimos.

El número 26 de la *España Regional* ha sido escrito por los Sres. Campion, Yxart, Romani, Sardá, Moragas, Garriga, Castro, Company y otros.



Ha visto la luz el número 298 de la acreditada *Revista Contemporánea*, escrito por los Sres. Serrano Fatigati, Acero, Fernandez Merino, Pons, Lians y otros.

En el número 37 de *L' Indépendant Littéraire* figuran las bien conocidas y estimadas firmas de los Sres. Magnabal, Buffenoir, Rabbe, Duchosal, Berr de Turique, Sémiane, de Villot, Gerés, y d' Ariane.

No menos ameno é interesante que los anteriores es el número 116 de *La Jeune France*, ahora, en su segunda época, *Revue Libre*. Lo mismo se puede decir, sin lisonja, del número 12 de *L' Instruction des jeunes filles*.



Siguiendo mi costumbre, termino esta crónica con algunos párrafos festivos destinados á amenizarla; pero como hay algunos lectores á quienes no satisface tan ligera dosis de chascarrillos, se abre en este mismo número una seccion especial, titulada *Cajón de sastre*, y en la que los aficionados al género hallarán anécdotas, frases ingeniosas, bobadas y majaderías de todas clases.



Yendo de caza juntos un vizcaíno y un gallego, el primero mató una paloma que volaba á gran altura, y que cayó á plomo á sus pies.—«¡Lástima de pólvora y perdigon!» dijo el gallego.—«¿Porqué?»—«Porque, sin necesidad del tiro, el golpe solamente habria matado al animalito.»

*Entre esposos. La mujer*.—«Estoy inconsolable por la pérdida de Fido. Cuidado con que no dejes de anunciar en el diario.» *El marido*.—«Descuida, hija mia. Daré un nudo en el pañuelo.» A la mañana siguiente la esposa lee en el diario matutino: «*Cinco duros de hallazgo*. Se ha perdido un perrillo inútil, que tiene sarampion. Es amarillo, tuerto y rabon! está tan gordo que no puede andar. Se llama Fido. Huele como una tienda de perfumería barata despues de un incendio. Al que lo devuelva, *disecado*, se le darán veinticinco pesetas de gratificación.» La esposa se desmaya.

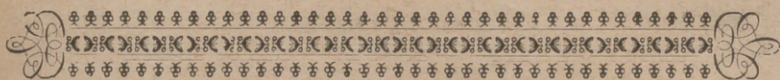
Una joven gallega oyó leer en un periódico la noticia de fallecimiento de una mujer á la avanza la edad de ciento veintisiete años.—«¿Crées tu eso, Farruca?»—le preguntaron.—«¿Si lo creo?»—lijo ella.—«Y por qué no he de creerlo? ¿Cómo puedo yo saber si yo misma no tengo ciento veintisiete años de edad?»—La verdad es que es posible que los tenga; porque hacetanto tiempo que vivo, que no me acuerdo del tiempo en que no estaba viva.»

*Entre casados. La esposa* (con un periódico en la mano) *á su marido*.—«Aquí hay una excelente leccion para los bebedores. (Leyendo): El jóven Nicolás Esponja, que iba ayer tarde en un bote, como estaba ébrio, cayó al rio, y se ahogó.» Ya lo ves (*dirigiéndose á su esposo*); si ese infeliz no habria bebido agnardiente, no hubiese muerto.» *El marido*.—«Cayó al rio ¿verdad?» *La mujer*.—«Precisamente.» *El marido*.—«¿No murió hasta haber caido?» *La mujer*.—«¡Qué tonto eres, Canuto! Es claro que no murió hasta que se ahogó.» *El marido*.—«El agua fué entonces la que le mató, y no el aguardiente.»

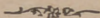
JOCUNDO DE GATIKA.







## SECCION DE CURIOSOS.



En esta seccion publicaremos todas las preguntas que nos parezcan *publicables*, y que sobre cualquier asunto se nos remitan con ese objeto por nuestros lectores. Insertaremos tambien todas las respuestas que nos parezcan *publicables*, y que se refieran á preguntas que hayan visto la luz en esta seccion. Las preguntas se repetirán en todos los números, mientras no obtengan respuesta que nos parezca satisfactoria.

### PREGUNTAS.

- 1 ¿Cuál es el blason de los Oquendos antes del famoso almirante de ese nombre?
- 2 ¿Cuál es el blason de la misma familia despues del almirante?
- 3 ¿Cuáles son los descendientes varones y hembras del almirante, ó sea el arbol genealógico de la familia á partir del heróico marino guipuzcoano?
- 4 ¿Cuál es el grado de parentesco que tenía con el almirante un don Luis de Oquendo que á mediados del siglo pasado hizo un papel considerable en el Perú? D. Luis casó en 1775 con una nieta de D. Ignacio Torquemada, Marqués de Soto Hermoso, y de esta unión proceden los Oquendos actuales del Perú.
- 5 ¿Cuáles fueron las campañas navales del gran Oquendo, y en qué libros ó manuscritos se habla de ellas?



6 ¿Cuál fué la primera imprenta que hubo en la region vasconavarra, y en qué año se fundó?

8 ¿De qué pueblo era natural el famoso marino vascongado Portuondo?

12 ¿Cuál fué la grave cuestion que hubo hace ya siglos, y en la que fué parte muy principal Doña Elvira, hija de Ferran Rodriguez de Villarmentero, y sobrina del arcediano D. Mateo de Búrgos?

